



Incierto futuro de Europa

José L. Decamilli

Enero de 2009

Europa es un continente que rezuma por todos sus poros la sabiduría que ha ido destilando en los largos siglos de su agitada vida. A diferencia de otras culturas, también milenarias, que florecieron en Asia y África, Europa tuvo desde el principio de su existencia histórica el tino (o la fortuna) de poder fecundarse con el aporte de otros continentes. Por diversas vías Europa se abre, asume y enriquece las conquistas de los pueblos asiáticos y africanos en el campo de la religión, de la ciencia, del arte y de la técnica, añadiendo a todas ellas un capítulo inédito, de su propia cosecha: el pensamiento filosófico. Sin desprenderse enteramente del mito, alimenta vigorosamente el logos.

Después de lustros de luchas intestinas estériles, con sus espantosas secuelas de sufrimientos, muertes y destrucción, Europa se ha internado finalmente por el sendero de la unidad. Descubre ahora que por encima y más allá de las diferencias de modo de ser, la sustancia de su vida y su identidad histórica reclaman que los pueblos de Europa cooperen pacíficamente en la construcción de un común destino. Pese a los espasmos que todavía la sacuden, la inspirada visión de un grupo de políticos de la Democracia Cristiana (De Gásperi, Schuman, Adenauer) se consolida paulatinamente y crece tan exuberantemente que sirve como acicate a otras unidades históricas.

Empero, en medio del potente despliegue de instituciones políticas y jurídicas ejemplares, que han brindado a estos pueblos una era de paz, de estabilidad y de prosperidad extraordinarias, se percibe ahora serios resquebrajamientos en el plano moral, los que, si se acentúan pueden determinar la demolición de toda la estructura política y la anarquía de la vida social. En efecto, pese a que el alma de Europa está henchida con los valores que proceden de la cultura judeo-cristiana, que son los que sustentan el respeto a la dignidad de la persona y el humanismo de sus instituciones, se propaga en nuestros días una concepción materialista y hedonista del ser humano y de la vida social incompatible con una coexistencia civilizada. Reeditando viejas ideas, radicalmente materialistas, sostienen los modernos “humanistas” que el hombre es -en todo su ser- un eslabón más en la cadena de la evolución biológica del universo y que, como tal, no está sujeto a otras leyes que las que requiere para la conservación de su existencia física y para la satisfacción de sus necesidades materiales. Bueno es lo que sirve (lo que es útil) a sus instintos y a su voluptuosidad. El hombre es incorporado totalmente a la dialéctica de la lucha de todos

contra todos; lo que obstaculiza su subsistencia y bienestar material debe ser suprimido sin ningún miramiento.

En consonancia con esta concepción puramente racial los científicos materialistas consideran que tienen la plena facultad para manipular a su antojo la masa genética del embrión e incluso de aniquilarla cuando lo consideran necesario para el adelanto de la ciencia o la perfección de la raza humana, aunque la misma ciencia ya ha demostrado, terminantemente, que el embrión presenta un patrimonio genético humano desde el instante en que se inicia su conformación y desarrollo.

Al mismo fin de perfeccionamiento biológico de la raza humana sirve también, predominantemente, el diagnóstico prenatal o las investigaciones in vitro. Los vástagos son diseñados por sus padres (o por el Estado) de acuerdo a sus gustos, inclinaciones o caprichos, como si se tratase de adquirir un mueble o un vestido de moda.

En muchas legislaciones europeas se acepta en nuestros días el aborto, que no es otra cosa que un cobarde homicidio perpetrado contra seres humanos absolutamente indefensos, escudados detrás de razones eugenésicas o sociales. Esta eliminación, que va adquiriendo el carácter de un sistema de masivo exterminio, desemboca lentamente en una verdadera catástrofe demográfica. La disminución drástica de la población lleva consigo repercusiones sociales mayúsculas.

La guadaña ominosa que trocea indiferente la vida de millones de seres humanos que todavía no han nacido, empieza a tronchar ahora también la etapa última de la existencia. Y es comprensible que sea así en sociedades en las que el criterio moral superior es la perfección biológica. El anciano es un ser consumido por el ajetreo de la vida y sus menguadas fuerzas poco o nada pueden aportar al desarrollo social. Desde la perspectiva del cálculo objetivo de ingresos y gastos, el vivir de los viejos es un lujo que carece de justificación. Además, en nuestro tiempo, constituye un lastre cuyo volumen crece constantemente. Paralelamente al encogimiento de la población (porque las mujeres no paren suficientemente o porque se cierra el futuro con el aborto), pero en sentido contrario, el número de ancianos aumenta incesantemente.

En tiempos del nacional-socialismo, los inválidos, los viejos, los miembros de las razas “inferiores” eran condenados inexorablemente al sacrificio. Parece que estamos volviendo a la terrorífica política totalitaria.

La sociedad europea boga frívolamente por el siniestro mar de la cultura de la muerte. No es necesario tener dotes de profeta para predecir que si persiste en este desvarío, no tardará en desplomarse hacia el abismo.

Y todo esto ocurre a la vista y con la tácita aprobación de los organismos internacionales que deberían vigilar el respeto a los principios que permiten la convivencia de todos los pueblos de la tierra. ¿Se ha olvidado acaso que la Declaración Universal de los Derechos Humanos tiene como principio fundamental el respeto a la vida y a la dignidad del ser humano? El Art. 3 expresa que “todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona”.

A pesar de los profundos vínculos culturales de Europa e Hispanoamérica, o precisamente por eso, Hispanoamérica no debe seguir las huellas de Europa en esta orientación verdaderamente suicida de su vida moral. Tal vez los pueblos de América puedan constituir una fecunda reserva para el ulterior desarrollo de la civilización humana.

**J.L. Decamilli, Profesor emérito de la Facultad de Humanidades de la Universidad Técnica de Berlín.*